

SERMON IV.

DE SANTIAGO APÓSTOL.

O Beatum Apostulum, qui inter primos electos primus omnium Apostolorum Domini calicem bibere meruit.

Eccles. in ofic. prop. S. Jacob.

¡O! Bienaventurado Apóstol, que elegido entre los primeros discípulos mereció entre todos ser el primero que bebió el caliz del Señor.

Aquel Dios de magestad, cuya voz victoriosa, en frase del Rey Santo, rompe los cedros del Líbano, divide las llamas del fuego, reprime los torbellinos del ayre, suspende el curso de los astros, pone término á las olas del mar, conmueve las sombrías selvas del desierto, estremece la inmensa mole del globo, conturba las potestades del abismo, humilla, abate, rinde y enmudece quando quiere á toda la naturaleza; aquel Señor Omnipotente cuya virtud poderosa transforma y engrandece á su arbitrio á la criatura mas débil; en cuya soberana mano un Josef prisionero pasa desde un obscuro calabozo al segundo trono de Egipto, un pastorcillo David desde el humilde cayado al magnífico solio de Israel, y el pequeño hijo de Sarvia al frente de las tropas de Judá: en cuyas manos una Judit inunda con sangre incircuncisa las llanuras de Betulia, una Estér derriba de la mano del soberbio Asuero el rayo fulminante que vá á arruinar

el pueblo escogido, un balbuciente Jeremías asusta con espantosos anuncios al Rey Sedecias en medio de su misma purpura y diadema.

Este gran Dios quando se propuso triunfar de la ferocidad de los bárbaros, de la vanidad de los Filósofos, de la sabiduría de los Griegos, de la fuerza de los Romanos, de la ceguedad de los Judios, y de la supersticion de los pueblos: quando quiso abatir el orgullo de sus enemigos, y establecer sobre las cenizas de la Sinagoga y del Gentilismo los fundamentos de la verdadera Religion, entonces sin valerse de los políticos mas hábiles, ni de los ingenios mas sublimes, ni de los Césares Romanos, ni de los Conquistadores famosos, ni de los Sabios de Atenas, ni de los Doctores de Israel; echa mano para la execucion de tan extraordinario proyecto de doce hombres despreciables, figurados en aquellos doce Patriarcas de la ley escrita, en aquellos doce Príncipes elegidos por Moysés para Capitanes de su pueblo, en aquellas doce espías enviadas al descubrimiento de Canaan, en aquellas doce lápidas del Jordan, sobre las cuales descansó el arca del Señor, y en aquellas doce piedras preciosas engastadas en el Pontifical de Aaron. A estos doce hombres rústicos, pobres, ignorantes y desvalidos, á estos hombres sin talento, sin poder, sin autoridad, sin valimiento, y sin riquezas, á estos autoriza con la fuerza de su brazo, les comunica el don de lenguas, les infunde una sabiduría divina, y los llena de su espíritu para que se presenten á la frente de todo el mundo, humillen la soberbia de los Príncipes, abatan las testas coronadas, arruinen el monstruoso coloso del error, resistan á los estragos de la culpa, publiquen el nombre del Salvador desde el Oriente del Sol hasta el Ocaso, y enarbohlen el estandarte de la Cruz sobre el catástrofe de

la idolatría y el judaismo. En efecto, estos doce hombres sin letras y sin armas, animados con la fuerza del poder divino, se trasladaron como ligeras nubes segun la expresion de Isaías, de ciudad en ciudad, y de provincia en provincia, surcaron inmensos mares, penetraron enmarañados bosques, pisaron profundos valles, treparon ásperas montañas, corrieron del un polo al otro polo, dirigieron sus pasos hasta las estremidades del Orbe, por extender los límites del imperio de Jesuchristo, y tremolar las banderas de la cruz sobre las ruinas de los ídolos: Armenia, Persia y Albania fuéron illustres teatros del fervoroso zelo de un Bartolomé: los pueblos de Frigia y Galacia dan testimonio de las apostólicas tareas de un Felipe: la Mauritania, Livia y Judea oyeron las palabras de vida eterna de la boca de los Simones y Matías: los Marcos y Mateos hicieron resonar los ecos del Evangelio sobre los abrasados arenales de la Africa; así como un Tadeo juntó las dispersiones de Israel en las vastas regiones de la Moscovia, baxó la sombra de la nueva Jerusalem.

Pero entre estos grandes héroes que plantaron la Religion con su misma sangre: entre estas antorchas refulgentes, que iluminaron los ángulos mas remotos de la mística Sion, ocupa un lugar muy distinguido el ínclito y esclarecido Apóstol Santiago, objeto tierno de vuestros solemnes cultos: aquel Apóstol todo de fuego, aquel hijo del trueno, segun la frase de la Escritura, á quien escogió el Salvador para depositario de sus secretos, compañero de sus peregrinaciones, y espectador fiel de sus mas asombrosos prodigios: aquel discípulo privilegiado que mereció ver en el Tabor las glorias de su maestro, y registrar con sus ojos en el huerto la trágica escena de su mortal agonía: aquel Apóstol hé-

roe, gloria inmortal de Betsaida, astro luminoso de la Iberia, ornamento singular de Galicia, consuelo de la naciente Iglesia, terror y espanto de las lunas Africanas: aquel discípulo amartelado, generoso, magnanimo, intrépido, activo y fogoso, que entre todos los Apóstoles fué el primero que se arrostró con el indómito Hebreo, que surcó el Mediterráneo hasta las columnas de Hércules, que anunció el Evangelio hasta las estremidades de Europa, que recorrió las playas Asiáticas, y rubricó con su sangre la fé de Jesuchristo.

Y ved aquí trazado el plan de mi discurso, y bosquejado todo el elogio del grande Apóstol Santiago: escuchadme, que voy á explicaros mi idea en dos proposiciones: Santiago el mayor fué entre los Apóstoles del sagrado Colegio el primero que mereció anunciar á las naciones el Evangelio de Jesuchristo: ahí teneis el primer punto. Santiago el mayor fué entre los Apóstoles del sagrado Colegio el primero que mereció derramar su sangre por la gloria de Jesuchristo: aquí teneis la segunda parte. Mas breve: Santiago el mayor, primer predicador del Evangelio; Santiago, primera víctima del Evangelio, son dos partes de mi oracion.

Santísima Virgen, voy á elogiar en este dia á un Apóstol, que consagró en honra vuestra á las margenes del Ebro, el primer santuario, y á quien os dignasteis honrar en vida con vuestra maravillosa aparicion: alcanzadme, Soberana Reyna, los auxilios que necesito para representar dignamente las gloriosas acciones de tan esclarecido Apóstol. Esta es la gracia que imploro, y á este fin os saludamos con el Angel. *Ave Maria.*

Santiago el mayor fué entre los Apóstoles del sagrado Colegio el primero que mereció anunciar á las naciones el Evangelio de Jesuchristo.

PRIMERA PROPOSICION.

¿Quál juzgais, señores, es el carácter que forma un Apóstol? Juntad en vuestra imáginacion todas las prendas que constituyen los grandes hombres á la vista del mundo, y los grandes Santos á los ojos de Dios: reunid en vuestra memoria todos los dotes que eternizan el nombre de los mas famosos héroes en la historia de los imperios, y en los fastos de la Religion: representaos todos los prodigios de la naturaleza, y los milagros de la gracia; grandes talentos, grandes empresas, grandes sucesos, y grandes virtudes de parte de la naturaleza: considerad un ingenio vivo, delicado, penetrante, comprehensivo y universal, capaz de las luces mas sublimes: un corazon grande, vasto, generoso, tierno, ardiente y firme en sus resoluciones, capaz de comprehender en su seno todo el mundo: de parte de la gracia, contemplad una alma adornada con todo género de virtudes en el grado mas sublime; un hombre mas que héroe y mas que santo, capaz de llamarse con toda propiedad el maestro, la luz, el exemplar, el oráculo, el árbitro, y el doctor de todas las naciones: un hombre desnudo de los afectos mas naturales, en quien ninguna impresion hagan, ni las amenazas de los poderosos, ni los halagos del mundo, ni los placeres de la carne, ni los trabajos de la vida, ni los desprecios de las criaturas, ni las grandezas del siglo, ni la pobreza de los bienes, ni las riquezas de la tierra: un hombre crucificado al mundo, y asimismo dócil á la voz del

cielo, que no tiene mas vida, mas objeto, ni mas movimiento sino para Dios, y para los intereses del cielo: un hombre al fin elegido por Dios entre una multitud inmensa de criaturas, para publicar su divina ley, para manifestar su santo nombre, para ganarle adoradores, para estender su soberano Imperio, y sujetar á su dominio las almas y los corazones.

La portentosa vida del esclarecido Santo que veneramos, es el mejor modelo práctico que ha salido á luz sobre estas esenciales circunstancias, que forman el peculiar carácter de un Apóstol. Escuchadme: nacido este héroe Israelita en Betsaida, pequeña ciudad de Galilea, con aquel conjunto de prendas que disponen al sublime ministerio del Apostolado, apenas oye la voz del Salvador en las playas de Genezaret, quando al primer sonido de su celestial eco, sin mostrar la resistencia de Jonás, ni la cobardía de un Ezequiel, ni la timidez de un Jeremías; sin examinar ni lo que se le pide, ni lo que se le ofrece, abandona á su anciano padre, rompe los vínculos que le estrechaban á su amada familia, y se asocia prontamente á aquel Mesías errante y fugitivo en medio de su propia patria: se declara á pesar de la pertinacia de su nacion, por discípulo, amigo y compañero inseparable de un Dios hombre, cargado con los valdones de toda la Judá, y de todo Israel: aborrecido de los Escribas y Fariseos, perseguido por la envidia de los Pontífices, despreciado de todos los Grandes, cuyo nombre era abominable, y cuyos partidarios se reputaban como delinquentes contra la religion y el Estado: de un hombre Dios, que no prometia otra felicidad á sus discípulos que una vida afanada, laboriosa, pobre, penitente y austera: una

vida llena de inquietudes, de sobresaltos, de peligros y de calamidades continuas, eslabonada con una cadena de peregrinaciones, vigili- as, oraciones, abnegacion de sentidos, y privacion de todos los placeres mundanos.

Sin embargo Santiago, este discípulo intrépido, sigue á Jesuchristo en tan funestas circunstancias, le ama tiernamente, le sujeta su entendimiento, le da su corazon, se entrega á él in- violablemente, y le asegura en presencia de sus concólegas que defenderá su santo nombre con- tra el furor de sus enemigos, y derramará toda su sangre por los intereses de su gloria. ¡Qué sa- crificio tan noble y tan desinteresado! ¡Qué amor tan ardiente y tan impetuoso! Desde aquel mo- mento no se aparta un instante de su lado, via- ja en su compañía por las ciudades de Israel y Judá, por las aldeas de Samaria, y por toda la Palestina.

Unas veces aprendiendo en la escuela de aquel divino maestro el arte de ilustrar los entendimien- tos y de mover los corazones; otras solo y sin guia, anunciando á los pueblos lo que habian es- cuchado sus oidos, lo que habian visto sus ojos, y lo que habian tocado sus manos en el Verbo encarnado: unas veces exercitándose á la sombra de su querido Jesus en las virtudes mas puras y sublimes, y abrazando con preferencia la vir- ginidad, aquella virtud ignorada en los contor- nos de Palestina, como en el pórtico, y en las aca- demias de la Grecia; y de la que no se hallaban en la ley Moysaca las voces del precepto, ni del consejo: otras practicando ayunos rigurosos, vigi- lias perpetuas, abstinencia inviolable, y quantas austeridades admiraron despues el Egipto y la Tebayda en los Pablos, Antonios, Hilariones, Ar-

senios, Macarios y Pacomios. De este modo llegó en breve á ocupar un lugar muy distinguido en el sagrado Colegio, porque, como observa el Chrisóstomo, entre todos los Apóstoles apenas al- guno podia disputar á Santiago el mérito de su he- royca virtud, y la gloria del amor mas sólido, mas constante, mas intrépido, y mas invariable que ardia en su generoso pecho; y por esta ra- zon era consiguiente que el Salvador le distin- guiese entre todos sus discípulos con las señales mas auténticas de una especial predileccion, y le diese las pruebas mas sólidas de la singular pre- ferencia que disfrutaba en su corazon. Así lo dió á entender el Soberano Maestro en diferentes oca- siones. ¿Quántas veces se dignó este Salvador Di- vino de asistir, acompañar, y aun tener parte en sus tareas navales? Si fué necesario ostentar su virtud omnipotente en presencia de los hombres, espera que Santiago le insinúe, y por respeto su- yo obra una pesca milagrosa en el mar de Gali- lea: si ha de resucitar á la hija del Príncipe de la Sinagoga, solo permite que Pedro, Juan y San- tiago sean testigos oculares de la asombrosa resur- reccion de aquella jóven Princesa: si quiere ma- nifestar los resplandores de su cuerpo en presencia de Moysés y Elias, olvida á los demas discípulos, y solo llama á la cumbre del monte, entre otros, á Santiago, para que sea espectador singular de su gloriosa transfiguracion: si ha de sudar sangre en la prolixa oracion que hizo á su eterno Padre en el huerto, solo consiente que Pedro, Juan y Santiago se hallen presentes al triste espectáculo de sus mortales angustias.

Esta distincion tan gloriosa, que habia usado el Salvador con el hijo del Zebedeo, fué un in- centivo poderoso que avivó tanto la llama de su

fogoso zelo, que no pudiendo contenerse dentro de los cortos límites de su corazón, se manifestó en las calles y plazas de Jerusalem á manera de un fuego voraz, que ilumina y quema quanto se aproxima á él; si señores: apenas habia espirado el amable Redentor en manos de una nación sacrilega y obstinada, todavía los Apóstoles no habian recibido al espíritu consolador quando impaciente este hijo del trueno por anunciar la nueva ley del crucificado Mesías, se dexa ver en medio de aquel pérfido pueblo, que hidrópico con la sangre de los Profetas, habia sellado su última reprobacion con el mas horrendo deicidio: de aquel pueblo furioso, que coligado con los Griegos, Romanos, Zireneos y Alexandrinos acababa de manchar sus manos sanguinarias con la muerte de un Santo diácono; contra esta nación pérfida y rebelde se presenta intrépido el animoso atleta en el campo de batalla, y sin valerse como David de las armas de Saúl para derribar los gigantes que tiene á su frente, despliega su voz fulminante en medio de una ciudad, madriguera de monstruos, ataca á los Escribas y Fariseos, disputa con los sabios de la Sinagoga, discurre por los tribunales, lleva por toda Judea las luces de la fé, explica los profundos misterios de las Escrituras, declara los oráculos de los Profetas, y atestigua con prodigios innegables la divinidad de Jesus crucificado; y á vista de tantas maravillas, los mágicos se ocultan, los doctores de la ley se confunden, los Sacerdotes enmudecen, los xefes del Judaismo abaten su orgullo, y muchos espíritus indóciles humillan su cerviz baxo el yugo del Evangelio.

Pero estos triunfos no fueron mas que unos preliminares de su Apostolado. Animado de su im-

petuoso zelo medita Santiago la conquista de una nación orgullosa, sensual, guerrera y belicosa, y se dispone surcar el Océano hesperio por levantar en aquel país idólatra el estandarte de la cruz sobre la ruina de sus templos. Vayan en hora buena los demas Apóstoles á ser el objeto de la admiracion, y de los aplausos de un mundo convertido: dirija desde luego sus pasos un Felipe hácia las regiones de la Siria, y lleve el Evangelio á unas gentes mas feroces que el mismo clima que habitan: penetre el Santo Apóstol Tomás el dilatado país de la India, y convierta con su predicacion á unos pueblos que suspendieron las conquistas de Alexandro; recorra San Pedro los remotos climas del Ponto, Calacia, Capadocia, Egipto, Bitinia, Africa y Roma; para Santiago está reservada la gloria de ser el primero que ha de conquistar con su zelo apostólico un gran reyno, amante de su libertad, que habia hecho frente á los Scipiones, Pompeyos, Césares y Octavios, y habia teñido muchas veces sus campañas con la sangre de los mas esforzados xefes de Roma.

En efecto, Santiago se dirige en alas de su zelo hácia la península resuelto á establecer el Evangelio sobre el sepulcro de la idolatría; pasa el mediterráneo, y á pesar de las tempestades y escollos aborda en Asturias, y ataca á una nación, que era otro tanto mas difícil de vencer, quanto era mas amante de la libertad: acometió á unas gentes, que siendo constantes en todas sus máximas, hacian particular profesion de serlo en sus ritos y ceremonias, y de perder antes las vidas que abandonar los dioses que adoraban. ¿Y de qué armas se vale para la execucion de tan extraña empresa? ¿Seguiria acaso las huellas y vestigios de aquellos grandes conquistadores, los Xenofontes, Lisándros, Pirros y Timan-

tes, que domaron con el acero á los pueblos del Oriente? ¿Se valdria de la afluencia de los Pericles, Demóstenes, Ortensios y Salustios para ganar los corazones Españoles? No Señores: Santiago, este grande Apóstol era apellidado Boanerges, que quiere decir hijo del trueno, y era forzoso que des-empañase el arrogante nombre que Jesuchristo le habia impuesto. ¿Habeis visto un relámpago que sale del Oriente, y brilla al mismo tiempo en el Occidente, forma sus giros, y dexando por todas partes señales de su luz, perfecciona velozmente su carrera? ¿Visteis un rayo que agitado de un impetuoso uracán, y armado de una fulminante llama, ahora se abanza, ahora retrocede, aquí humilla las mas soberbias torres, allí soterra magníficos edificios, en aquel lugar troncha los mas robustos cedros, en éste reduce á pavesas los vivientes, en otro derrite los metales, y formando obliquas líneas para correrlo todo, todo lo vence, todo lo humilla, todo lo avasalla?

Pues ved aquí los maravillosos efectos que causó este hijo del trueno en los habitadores de la península. Apenas se dexa sentir sobre el orizonte español, quando al pavoroso estallido de su voz tiembla el paganismo, la idolatría se oculta, los ídolos enmudecen, las estatuas de los falsos dioses caen por tierra, Júpiter, Hércules, Baco y Juno se hacen pedazos, el vicio desaparece, el demonio, la mas formidable bestia, brama estrechada por una invisible potestad, y atónita la España á tantos prodigios, dexa caer de las manos el acero, y recibe gustosa la ley que le intimia el santo Apóstol. ¡Qué repentina mudanza! ¡Qué maravillosa metamórfosis! Santiago, dueño de la península, y poseedor de una región fértil, que habia sido el objeto de la emulacion de los Céltas, Fenicios, Cartaginenses y Ro-

manos lleva la luz del Evangelio con la velocidad de un rayo hasta las últimas márgenes: se dexa ver en Asturias, y al sonido de su voz abate sus escarpadas rocas, y queda desvanecida la idolatría como una fantasma aerea. Pasa á Galicia, trepa sus ásperas montañas, riega con su sudor apostólico aquellos campos amasados con la sangre de los Romanos, y de su general Decio Bruto, aumenta el número de sus discípulos, funda Iglesias, forma á los Eufrasios, Indalecios y Torquatos nuevos Apóstoles sucesores de su espíritu, y toma posesion de aquel pais dichoso, que habia de tener la honra de ser glorioso mausóleo de su sagrado cuerpo.

Vencedor en Galicia pasa á Castilla á pelear con nuevos enemigos, y conseguir nuevos triunfos. Castilla era como Galicia, centro del error y de las ilusiones: allí dominaba el principe de las tinieblas, y parecia que el abismo habia vomitado monstruosas deidades en medio de sus montañas, bosques y dehesas; pero el hijo del Zebedeo truena, y sus palabras como un fuego activo abrasan los corazones Castellanos, y reduce á cenizas sus falsas divinidades. Desde aquí atraviesa el Ebro, pisa con sus sagradas plantas el suelo Aragonés, y disipa con el repentino esplendor de sus luces el tenebroso caos del paganismo, y levanta en las márgenes del Ebro, por orden de la Reyna de los cielos, una casa de refugio, depositaria de su virginal poder y ternura: un famoso Santuario con el augusto título del Pilar: un templo, obra de las manos de los Angeles, gloria, timbre y ornamento del reyno de Aragon.

¡Qué progresos tan rápidos! Estos sí que pueden llamarse sucesos felices, propios de un espíritu fogoso, y muy semejantes á los maravillosos efectos del rayo. ¿Qué os parece, señores, no des-

empeñó cabalmente nuestro Santo Apóstol el glorioso renombre de hijo del trueno, que el Salvador le habia impuesto? Y para decirlo mejor, ¿no fué el primero entre todos los Apóstoles del Sagrado Colegio, que tuvo la gloria de anunciar el Evangelio, postrar el soberbio coloso del Paganismo, y levantar el estandarte de la cruz en medio de una nacion idólatra? ¿Quién lo duda? Santiago derribó con su voz victoriosa los muros de la soberbia Jericó, auyentó de los contornos de la península á todas las potestades del abismo, causó la ruina total de la idolatría, y tremoló sobre las infames reliquias de los ídolos las vanderas del Evangelio: lo que antes habia sido el teatro donde el príncipe de las tinieblas imponia sus leyes, se convirtió en teatro de su infamia; y el que hacia postrar á sus pies á tantos pueblos, se vió postrado á los pies de Santiago, y atado vergonzosamente al carro de su triunfo. ¿Y cuáles fueron los sucesos gloriosos que se siguieron á tan asombrosa conquista? ¡Ah! Inmediatamente se vieron en aquella feliz época renacer de las cenizas de las falsas divinidades los Atanasios, Teodoros, Cecilios, Arcadios y Agapitos, preciosos frutos de las tareas apostólicas del hijo del Zebedeo, cuya santidad ha llenado de fragancia los altares, y ha sido para la Iglesia motivo de eterno consuelo; ha estos primeros campeones sucedieron los Fermines, Lorenzos, Vicentes, Ciriacos, Felices, Justos, Pastores y Leocadias, atletas invictos, que expusieron sus sagrados miembros al furor de los tiranos, y rubricaron con su sangre las verdades que habian heredado del hijo del trueno: esta generosa sangre, derramada en los cadalsos, ha sido el manantial perenne de donde han brotado como hermosos pimpollos los Ildefonsos, Leandros, Fulgencios, Isidoros, Braulios y Rudesindos, astros

luminosos que han esparcido sus resplandores en toda la Iglesia, y han sostenido sus derechos con los admirables rasgos de su pluma vencedora; de donde han renacido los Vicentes Ferreres, los Luises Beltranes, los Xavieres y Solanos, obreros infatigables que han propagado el Evangelio por las quatro partes del mundo; de donde han salido los grandes Patriarcas y Adalides de las religiones, los Guzmanes, Loyolas, Juanes de Dios, Alcántaras y Teresas de Jesus, héroes inmortales que serán para siempre la mayor gloria de España, y un eterno trofeo del apostolado de Santiago.

Pero lo que mas ensalza los triunfos del invencible Boanerges es la gloria de conservarse hasta nuestros dias sus apostólicas conquistas en todo su esplendor; porque á la verdad, los demas Apóstoles anunciaron con igual zelo, despues de la venida del Espíritu Santo, las verdades del Evangelio en los vastos paises de la Asia, Africa y Europa: corrieron como fecundas nubes la Etiopia, Scitia, Armenia, Persia, Mesopotamia, Grecia y Romania; sin embargo, extendió la vista por aquellas regiones Asiáticas y Africanas, empapadas en la sangre de los Andreses, Simotes, Matías y Bernabés, regadas con los sudores de los Atanasios, Ciprianos, Gregorios, Chrisóstomos y Cirilos, y las vereis sepultadas en las tinieblas de la ignorancia, y abandonadas á la idolatría, al cisma, y á las extravagancias del Alcorán: volved vuestros ojos quebrados de dolor á las márgenes Anglicanas, registrad aquel reyno floreciente, cultivado con las fatigas apostólicas de los Patricios, Agustinos, Palacios y Tomases: aquellas famosas islas, domicilio de Santos, y las hallareis desfiguradas con los negros vapores del cisma, y de las extraordinarias revoluciones que han dado tanto motivo para llorar á